

bellas artes, son capítulos que en interes, buen juicio y depurada crítica rayan hasta donde cabe en la que vacilamos si llamar imperfeccion ó perfeccion humana.

«La belleza es una reina que tiene muchos estados; acabamos de pasar por los de la pintura; acerquémonos á los de la escultura, que le son fronterizos. Estamos en el primer museo de escultura del mundo.»— Así hace tránsito para empezar á tratar del Museo Vaticano; descripcion que comprende una verdadera historia crítica de la escultura griega, greco-romana y cristiana en sus diferentes épocas, llegando hasta la actual; trozo de prolijo estudio y meditacion, que se resume en el siguiente delicioso período: «La escultura es una hermosa flor que se cria y se desarrolla en el jardin amenísimo de Grecia; transplantada á las siete colinas, ofrece todavía lujo en los pétalos y brillo en los colores, pero ha perdido gran parte del aroma; en los pueblos que se levantan sobre las ruinas del imperio romano, la escultura es ya una verdadera flor de estufa; en la edad presente casi casi es una flor artificial.»— Feliz alegoría; prueba de lo que vale la retórica cuando sabe así confirmar, ilustrar é iluminar vivamente la verdad. Y no se tema, quedando de este modo elegidas las mejores flores, que resulte despojado y empobrecido el hermoso ramo; tal es él de bello y de rico, que no se ha de notar luégo por muchas que sean las que así entresaquemos.

Por complemento de tan delicado cuadro, como el que tiene por asunto el Museo Vaticano, está la descripcion de la célebre Biblioteca, de la que dice: «la puerta es lo único que en ella hay pequeño; que siempre fué modesto y humilde el aspecto de la sabiduría.» Bien puede contarse con que esta breve seccion estará llena de ese jugo y esencia literaria, que desleídos en párrafos de encantador estilo constituyen la magia é irresistible atractivo de la obra. Aquí sí que, sin tener que consultar trabajos ajenos, campea el fondo de erudicion y de ciencia del Sr. Catalina, especialmente al hablar de su predilecta literatura hebrea. Al citar algunas de las innumerables joyas literarias de aquellas inmensas estancias, es de suponer la delectacion con que se fijará en el ejemplar de la obra que Enri-

que VIII de Inglaterra escribió y publicó en Lóndres, 1521: *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*, con la dedicatoria autógrafa al Papa Leon X, en estos términos: *Anglorum Rex, Henricus, Leoni décimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitiae: Henricus*: Curiosísimo documento para la historia de la Reforma de Inglaterra.

No nos es lícito continuar así: señalar las bellezas es hacer nuevo índice de la obra. Sólo diremos que bien puede sacudirse todo temor de que la monotonía, y acaso la repeticion á las veces indispensable, entibien el interes de la lectura. Cada una de las siete colinas tiene sus especialidades y sus amenidades; y es grande el tino del Sr. Catalina y la economía con que las reparte entre las indispensables prolijidades de la descripcion.

Recomendaciones. Cada uno llegará á señalar en esta obra sus trozos favoritos. Los nuestros, ademas de los ya indicados, son: la historia del monte Palatino; la descripcion y execracion del Anfiteatro; la pintura del Coliseo; la abjuracion del politeismo y proclamacion del cristianismo por Constantino; el Panteon; las Termas; los teatros en Roma; la plaza de San Pedro *in Montorio*; y por fin, el tratado, disertacion ó poema sobre las Catacumbas, con que termina felizmente la obra: trozo admirable, que el lector quisiera devorar de una vez, estorbándole renglones, y períodos, y páginas, sediento, ansioso de acabar de hacerlo suyo y de tragarlo todo. No importa que á este lucidísimo trabajo hayan precedido los Mártires y Fabiola; es más completo, no ménos delicioso y más fundamental.

Si pierde el carácter y ejercicio de censor el que no señala en cualquier obra defectos y lunares—designacion que tiene su sabor á superioridad—de buena gana renunciaríamos al carácter, al ejercicio y á toda vanidad censorios por no descender á notar algunos descuidos, mínima cosa entre la inmensidad de los aciertos comprendidos en *Roma*. Nos consta que diariamente añadía el autor nuevas especies y reflexiones á su obra favorita, que él consideraba como enciclopedia en que desahogar todo su saber, todo su sentir y todo su buen decir; y tam-

bien nos consta que, como casi todos los escritores desde Virgilio, y ántes de Virgilio, hasta N. y N. y despues de ellos, se reservaba darle el último pulimento, porque ¿quién es el que no se considera capaz de *hacerlo todavía mejor?*—No llegó el caso; lo estorbó la muerte; de aquí el haber quedado algunos tropiezos, que deberian acaso haber sido allanados al tiempo de la impresion.

Porque no puede explicarse de otro modo, por ejemplo: haber dado al imperio romano tan enorme extension que excede á toda la superficie de la tierra; haber sacado á figurar en la historia la repugnante figura de Witiza siglos ántes de su verdadera aparicion; haber regalado al atribulado Ovidio odas que no compuso; haber propuesto para un lugar en el siglo de oro de la literatura romana á Juvenal, que no se sienta, ni con mucho, tan alto; haber prolongado al parecer siglos enteros las abominables vidas, por fortuna cortas, de Neron y de Calígula; haber contado entre los escritores de viajes á Horacio por sólo una breve composicion vergonzosa y que ni se debe citar, y..... algun otro descuido semejante.

Otro tanto conviene decir acerca de incorrecciones como éstas, *inmarchitable*, al paso que otras veces emplea oportunamente el bello *inmarcesible*, *inadvertidas una sola de las cosas; reyedad; subterráneo* por surco, zanja ó trinchera; *sufrir un cambio favorable*, cuando en Castilla sólo sufrimos aquello que duele, pero que no se puede remediar, etc.....

Por último, de creer es que, mejor mirado, hubiera el señor Catalina corregido cláusulas como aquella, pág. 261: «El caudal artístico que al peculio de Roma corresponde, se distingue fácilmente del inmenso caudal que del otro lado de los mares vino»; y mucho más aquéllas: «Los siglos son autores que no han menester firmar sus obras, porque las obras son los verdaderos autógrafos de los siglos.....» Y en seguida todavía: «¡Cuán magníficas firmas las de esas obras!» Progresion alegórica, delectacion en una metáfora naturalmente rápida y pasajera, que sacia y cansa al lector, impaciente por descender al mundo de la verdad desde tan enrarecida atmósfera.—Muy raros son estos defectos en una obra de tanta

extension, modelo casi siempre de correccion y de cultura.

Basta, y no se diga que despues de tan íntimo trato nos despedimos disgustados ó tibios del amabilísimo escritor. Para volver á su gracia y concluir ya tan desordenado exámen, añadiremos algo sobre dos puntos solos: Ideas del Sr. Catalina acerca del buen gusto, ó sea su particular estética; y amor patrio, ó digamos españolismo, que desplega en toda la obra.

Partidario el Sr. Catalina del sistema que coloca al buen gusto en el número de los sentidos, sentido capaz de educacion, pero que apenas admite análisis, no es de extrañar que haga poco caso de las sublimidades de la estética moderna, ateniéndose más á las máximas que iba deduciendo de su propia experiencia. Las tiene muy notables. «No habian salido á luz, dice en la pág. 221, muchos de los presuntuosos é intrincados libros de estética que ahora corren impresos para tormento del idioma y confusion de la mente.....» *Y ex profeso*, en la pág. 523, resume en breves cláusulas todo un curso de estética cristiana cuando dice: «La exaltacion de la forma debia cesar á medida que se abren y alumbran los horizontes del espíritu. Con la pobreza elevada á virtud por el cristianismo, con la austeridad de la doctrina evangélica, con la santa preponderancia de lo invisible, de lo incorpóreo, de lo sobrenatural, la idea de la belleza ha de buscarse en objetos más elevados que la figura humana, anatómica, material, desnuda, que constituye elemento muy principal de la estética griega.....» Y concluye poco despues: «El manantial de la inspiracion cristiana está mucho más alto que el de la inspiracion griega; por eso el nivel de las obras que aquélla produce se levanta hasta la cúpula de San Pedro, hasta el Moisés de Miguel Angel y hasta la Transfiguracion de Rafael.»—Reconociendo nosotros la superioridad del espíritu sobre la materia, y la del sentimiento sobre la sensacion, no por eso podemos mirar con indiferencia la belleza de la forma, que tan frecuentemente suele arrebatar en medio de su austeridad al mismo Sr. Catalina: y ¡qué mayor culto á la forma que el esmero puesto en adornar y dar gracia á sus propios escritos!—En medio de esta misma rigidez brotan á cada paso máximas lle-

nas de agudeza y de buen gusto. Muy al principio, en la introduccion, dice: «Si la malicia humana no se complaciera en contaminarlo todo, el verdadero impudor en las artes sería la afectacion del pudor.....» «En pintura y escultura ha puesto más velos la mano de la malicia que la mano de la honestidad.»—Y por fin, en la pág. 129..... «lo enorme está léjos de ser lo grande; y de la belleza en la escultura nada hay más antitético que la exageracion estudiada de las actitudes y de los gestos.»

Como buen español, no pierde ocasion de ponderar las fundaciones, donaciones y todo género de demostraciones con que en tiempos antiguos contribuyó España á la grandeza y embellecimiento de la Roma pontificia, deplorando lo poco que en nuestra actual indiferencia nos cuidamos de conservar todos estos monumentos de pasadas grandezas y de orgullo nacional legítimo. Un libro imagina que podria escribirse sobre este asunto; y no podemos ménos de convenir en la idea; pero por desgracia el único indicado para ejecutarla era el que la concibió, era D. Severo Catalina. (Véase *Apéndice*, al fin.)

Tocaba hablar aquí algo del estilo: ya hemos hablado. En qué consista su encanto, no es cosa tan fácil de señalar. La belleza se siente al punto, pero se analiza mal. Es variado, original, flexible, elevado frecuentemente, pomposo á lo oriental muchas veces, atrevidamente, extremadamente figurado algunas, vehemente otras é incisivo, castizo castellano casi siempre, correcto habríalo sido mucho: faltóle vida al autor para censurarse á sí propio. En cuanto á originalidad y valentía, vaya alguna muestra que no disgustará de seguro, y porque preferimos cerrar este exámen con frases suyas, á las que consideramos serán ya aficionados nuestros lectores. Dice, pues, hablando del pueblo romano en su última abyeccion: «Es un decrepito que goza como puede.»—Y refiriéndose al ánsia del mismo pueblo por los espectáculos, añade: «La soberanía del pueblo se ha albergado en este último asilo, donde al ménos le queda la libertad de los gritos y de los insultos.» Sentencia digna de Tácito.

Si álguien caracteriza este nuestro imperfecto trabajo de

duplicado de la obra por la profusion de las citas, confesaremos el cargo, y por única disculpa nos acogeremos á la irresistible tendencia que todos sentimos á convocar á los amigos para ser los primeros en mostrarles cosas notables y bellas.

APÉNDICE.

Deseoso el Sr. Catalina de hacer, no sólo curiosa é interesante, sino verdaderamente útil su predilecta obra, y en particular la parte que podemos llamar española en ella, logró se registrase con arreglo á sus instrucciones, en el archivo de Simánca, cuanto se encontrara conducente á nuestras relaciones con la córte romana y á negocios de interes para España; y sucesivamente obtuvo copias de los documentos que aparecieron comprendidos en su plan, no ménos que ciento y cincuenta y cinco. Parece que se proponia publicarlos, unos en extracto, y otros íntegros, segun su importancia, como apéndices de este libro. Todos nos han sido franqueados por la señora viuda; bien que en este punto no ha tenido límites su franqueza y su empeño en cooperar á nuestras tareas. Claro es que no cabe dentro del propósito de la Academia duplicar así el volúmen de la obra, ni dentro de los límites de nuestro respeto creer que sabriamos adivinar cuáles juzgaba el Sr. Catalina dignos de publicarse, y cuáles no. En esta situacion, nos contentaremos con indicar que se conservan y existen, y dar de algunos de entre ellos una ligerísima idea.

Muchos son relativos á negocios del Hospital de Santiago de los españoles en Roma; no pocos á la beatificacion de la que es hoy Santa Teresa de Jesus, y las de San Isidro, Santa María de la Cabeza, San Ignacio, San Pascual Baylon, Raymundo Lull, la reina doña Isabel de Portugal, etc. Los hay sobre el patronato del convento de franciscanos, de San Pedro *in Montorio*, fundado por los Reyes Católicos; sobre el de Santa María la Mayor; sobre subsidios con que España contribuía para la edificacion del templo de San Pedro en Roma; sobre compra de un palacio en Roma para morada de los embajadores de España, y establecimiento en él de un

archivo de todo lo concerniente á nuestros intereses en aquella capital; sobre varias obras de arte que se ejecutaban en Roma para traer á España; proyecto de fundacion de una Academia de Historia eclesiástica española en la capital del mundo católico, y de remediar la demasiada concurrencia de españoles allí, no todos de muy laudable conducta; proyecto que se maduraba, hasta el punto de estar redactado ya el reglamento de la corporacion y de haberse obtenido el consentimiento del pontífice Benedicto XIV, por los años de 1747 y 48. Oficio de remision firmado por el cardenal Acquaviva y Aragon, en Roma, á 16 de Enero de 1723, acompañando la lista de cuadros comprados para el Rey de España á los herederos de Carlos Marati, pinturas que venian á España con direccion al Marqués de Grimaldo; son ciento veinte y cuatro, y aunque hay muchas copias, no faltan originales de Rafael, Julio Romano, el Correggio, Guido Reni, Andres del Sarto, los Caracci, etc. Una carta del mismo Cardenal, en 12 de Diciembre de 1722, al marqués de Grimaldo, relativa al socorro de mil doblones, mandado hacer á la Princesa de los Ursinos, y suspendido á consecuencia de su fallecimiento, en el intermedio desde la concesion á la llegada de los fondos. Otra copia de carta del mismo cardenal Acquaviva al dicho marqués, en 5 de Diciembre de 1722, refiriendo que el día anterior habia fallecido en Roma la Princesa de los Ursinos, á la edad de 79 años, de un catarro sofocativo, dando todas aquellas señas de cristiandad que corresponden á lo obrado en toda su vida. Comprende pormenores curiosos acerca de su testamento. Una carta del embajador D. Félix Cornejo al Marqués, en la propia fecha, tambien relativa al fallecimiento de la Princesa, y su última voluntad; son de notar estas cláusulas en la comunicacion del Embajador: «sin que » las cercanías de la muerte y los actos de católica que hacia la im- » pidiesen que dejase, sin delirio....., de hablar de España y de Fran- » cia y de los conocidos que en una y otra tenía.» Papeles relativos al establecimiento en Roma de una Academia española de pintura, por el año de 1680, y mal resultado del proyecto por los apuros del erario. Una muy curiosa representacion á S. M., firmada por el Arzobispo de Palermo en 16 de Setiembre de 1678, sobre mejorar la aplicacion de una pension de cuatro mil ducados que el rey D. Felipe IV habia concedido á la Basilica Liberiana, vulgarmente llamada Santa María la Mayor; á continuacion de cuyo documento siguen otros papeles relativos al propio asunto. Papeles sobre la adquisicion en Roma de un precioso tabernáculo, obra que se decia ser de

Miguel Angel, aunque sin concluir, con destino á la iglesia del real monasterio del Escorial; son del año de 1577. Carta muy característica del comendador mayor D. Luis de Requesens al secretario Antonio Perez, fechada en Roma á 12 de Marzo de 1577, sobre la conveniencia de pensionar á un clérigo *ginoves*, por nombre Oberto Foglieta, para que escribiese, como lo solicitaba, la historia de las cosas de España en lengua latina. Á cuyo propósito dice el Comendador: «En España tiene S. M. tanta falta de hombres que escriban historias en latin y buen estilo, como Vmd. sabe; en Italia hay muchos agora que la escriben. Pero para que traten verdad en lo que nos toca, es menester pagallos..... sino véase cómo nos trató El Jovio, por no avelle comprado.» No carece de interes una carta de Philipo Archinto Vasiano á S. A. el Sermo. Sr. Principe (sin duda D. Felipe), en 21 de Junio de 1540, desde Roma, en que hace relacion de algunas preciosas medallas antiguas que le tenia remitidas, ofrece otras y tambien algunas estatuas, y por de pronto acompaña doce de las primeras, con su puntual descripcion, por este orden: «La 1.^a nel cartozzo segnata A., e di Faustina, delle piu diligente que se possino vedere, si della faccia, quanto de' capelli.....» Puede ser mirada, como curiosidad, una extensa relacion de cosas tocantes á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma. Finalmente, harémos mención de un papel histórico en que se refiere desde su origen el estado que tuvo y tiene la archicofradía de la Resurreccion, compuesta de españoles residentes en Roma.

Sea la que se quiera la importancia de estos documentos, nos ha parecido conveniente reseñarlos así tan ligeramente para que conste su existencia, y más cuando tan poca probabilidad hay de que lleguen á publicarse.